
JOSÉ M. FARALDO
(Zentrum für Zeithistorische Forschung, Potsdam)

*Imaginar Europa: concepciones de Europa
en la Europa Centro-oriental durante
el periodo socialista. Una aproximación*

*I. Europa Centro-oriental y la unidad europea. II. La división de Europa
y sus consecuencias. III. El desarrollo de las concepciones de Europa en el Este.
IV. Un intento de periodización: A) La ruptura de Europa; B) La formación de la
OCDE; C) La erosión del Bloque del Este. V. Conclusión.*

Apenas unos meses antes de la fecha efectiva de ingreso en la Unión Europea, algunos países del Este de Europa fueron objeto y sujeto de polémicas que los enfrentaban a los antiguos miembros de la Unión. La intervención en Irak y la Constitución europea se convirtieron en piedras de toque que sirvieron para detectar un fenómeno que los arquitectos de la ampliación habían menospreciado antes: la diferencia de sensibilidades entre los países que hace quince años se encontraban al otro lado del Telón de Acero y los que habían estado ya integrados en el mundo occidental – incluso como dictaduras de derechas– antes de aquellas fechas.

Porque el hecho es que no sabemos nada concreto sobre las concepciones de Europa que los habitantes de los antiguos países socialistas poseen. La ampliación se ha llevado a cabo con voluntad política y por intereses económicos y no hay mucho que decir en torno a la oportunidad o no del hecho en sí. Pero la diferente comprensión de la realidad y las diversas y a veces contrapuestas expectativas arrojan una sombra sobre el proceso de ampliación que no es posible ignorar. Las ya citadas discusiones del año 2003 relativas a Irak y a la Constitución europea son ilustrativas de los riesgos de tal diferencia de sensibilidades.

Para entender cómo son estas concepciones de Europa hay que investigar en qué forma han llegado a constituirse y cual fue su desarrollo histórico. Si bien hay infinidad de trabajos sobre el surgimiento de la idea de Europa, pocos de ellos prestan atención a Europa Oriental y mucho menos a las ideas de Europa desarrolladas durante la época de dominio comunista. El objetivo de este artículo es mostrar las líneas maestras de este problema ¹.

¹ Este artículo se basa en un proyecto financiado por la Fundación Volkswagen (*Volkswagen Stiftung*) desarrollado por Gregor Thum (Universidad de Pittsburgh) y José M. Faraldo (ZZF).

I. EUROPA CENTRO-ORIENTAL Y LA UNIDAD EUROPEA

Cuando el sistema del Socialismo de Estado se derrumbó y los hasta entonces satélites de la URSS comenzaron a pedir su ingreso en la Unión Europea, se habló a menudo de su “regreso a Europa”. Sin embargo, y como ha escrito Karl Schlögel, la Europa Oriental no tenía que “regresar a Europa” porque Europa había estado siempre allí. Estos países habían formado siempre parte de Europa y la referencia al “regreso” era sólo una muestra de como el Oeste se había apoderado del discurso europeísta². Aunque el proceso de diferenciación de “Europa Oriental” (o “Centro-oriental”) tiene una tradición intelectual más antigua³, sólo la caída del telón de acero produjo una división mental ostensible y una enajenación repentina de las percepciones⁴.

Hasta el final de la II Guerra Mundial la idea de una federación europea era un proyecto verdaderamente paneuropeo, en el que los checos o los húngaros participaban tan activamente como franceses o alemanes. El “Movimiento Paneuropeo” de Richard Coudenhove-Kalergie (quien era de nacionalidad austríaca) no sólo incluía a Europa central como parte importante de su proyecto, sino que también participaban en él conocidos políticos de los países situados más allá del Elba, como Tomas Masaryk, Edvard Benes y Milan Hodza⁵. También debemos considerar como parte de la historia de la unificación europea los planes de uniones y federaciones de Estados que, aunque limitados a ciertos países de Europa Central u Oriental, prepararon el camino a la idea de la unidad europea. Ejemplos de ello son los diversos proyectos de federación en el ámbito del Danubio o la concepción de “*Mittleuropa*” de Friedrich Naumann⁶.

Durante la propia II Guerra Mundial, si dejamos a un lado los esfuerzos propagandísticos de los nazis por asegurarse la colaboración de los fascistas del este de Europa con imaginерías europeístas, nos encontramos que, junto a los planes de federación de posguerra desarrollados por la resistencia francesa o italiana, hubo también una importante serie de planes producidos por la resistencia polaca o checa relativos a la unificación europea tras la victoria sobre las fuerzas nazis⁷. En el “Manifiesto de Buchenwald”, esa extraordinaria muestra de europeísmo surgida del infierno de un campo de concentración, también se encuentran, por supuesto, firmas de Europa Oriental.

Sin embargo, este “nacimiento del federalismo europeo a partir del espíritu de la resistencia”⁸ acabó por convertirse en un proyecto occidental a causa de la división de

² Karl SCHLÖGEL: *In Raumen lesen wir die Zeit*, Hanser, Múnich, 2003, pág. 469.

³ Larry WOLFF: *Inventing Eastern Europe. The Map of Civilization on the Mind of Enlightenment*, Stanford University Press, Palo Alto, Ca., 1995.

⁴ Véase Wolfgang SCHMALE: “Die Europäizität Ostmitteleuropas”, *Jahrbuch für Europäische Geschichte* n° 4 (2003) págs. 189 a 214.

⁵ Richard N. Graf COUDENHOVE-KALERGIE: *Paneuropa*, Paneuropa Verlag, Viena-Leipzig, 1924.

⁶ Véase Joachim KÜHL: *Föderationspläne im Donauraum und in Ostmitteleuropa*, Oldenbourg, Múnich, 1958; Richard G. PLASCHKA (ed.): *Mittleuropa-Konzeptionen in der ersten Hälfte des 20. Jahrhunderts*, ÖAW, Viena, 1995.

⁷ Walter LIPGENS (ed.): *Europa-Föderationspläne der Widerstandsbewegung 1940-1945. Dokumentation*, Mynchen, Múnich, 1968.

⁸ Ernst FRIEDLÄNDER: *Wie Europa begann*, Europa-Union Verlag, Colonia, 1968, pág. 50. También Frank NIESS: *Die europäische Idee – aus dem Geiste des Widerstandes*, Suhrkamp, Francfort, 2001.

Europa y del comienzo de la Guerra Fría. Prueba de ello es que si en el Congreso Europeo de mayo de 1948 aún había representantes de Europa Oriental, en su mayoría exilados, un año más tarde, en la fundación del Consejo de Europa ya sólo participaron países occidentales.

II. LA DIVISIÓN DE EUROPA Y SUS CONSECUENCIAS

La división del continente produjo no sólo la destrucción de unos lazos económicos, sociales y políticos más o menos desarrollados, sino que dividió también el espacio de comunicación y de experiencias personales que Europa había supuesto hasta entonces. Así, en la parte occidental del continente se produjo un proceso de unión supraestatal que se vio, paradójicamente, favorecido por el menor espacio físico a unificar y por la mayor consonancia económica, política y social de los países en cuestión.

En el este, sin embargo, las características de los Estados socialistas y la situación de dominio político del gigante soviético no permitieron nada parecido. Si bien la “sovietización” de las estructuras políticas, sociales, económicas e incluso culturales produjo un acercamiento de las sociedades de los distintos países del Bloque del Este, no hubo intento alguno de fundamentar esto en un proceso de unificación del tipo europeo occidental. El COMECON, cuya función era, en cierta medida, análoga a la del Mercado Común Europeo, no se basaba en las tradiciones federalistas europeas sino en la mera necesidad económica y no superó el nivel de la relación bilateral entre los Estados miembros. A la vista del expansionismo soviético tampoco extraña que los países socialistas se mostraran recelosos de iniciativas integradoras que, para sus ciudadanos, podrían ser interpretadas como intentos de asimilación por parte de la URSS (en especial, en Polonia, el miedo a convertirse en una república soviética más) ⁹.

No se puede sin embargo olvidar que ante el reto de la unificación de Europa Occidental los Estados socialistas respondieron también con algunas medidas, como las aperturas de fronteras de los años setenta entre la RDA y Polonia, o entre ésta y Checoslovaquia ¹⁰.

Consecuencia de la Guerra Fría es también el hecho de que se crearan diversas imágenes de Europa. En Europa occidental se debatió durante varias décadas acerca de la identidad europea o del federalismo y se tenía como clara y concreta referencia al Mercado Común y la EFTA, con lo que se desarrolló una idea de Europa ampliamente compartida (incluso en países como España, que no formaron parte directa del proceso hasta muy tarde). En el Bloque del este, sin embargo, aunque sus habitantes se consideraran a sí mismos como “europeos”, faltaba el marco de referencia de la Unión Europea y el debate común, por lo que no se llegó a crear un concepto compartido de lo que era Europa.

A la altura de 1980 Milan Kundera podía declarar en su ensayo sobre la “tragedia de Centroeuropa” que la palabra “Europa” era para él un símbolo de

⁹ Sobre el COMECON véase Jenny BRINE: *Comecon. The Rise and the Fall of an International Socialist Organization*, Oxford University Press, Oxford, 1992.

¹⁰ Katarzyna STOKLOSA: *Grenzstädte in Ostmitteleuropa*, BWV, Berlín, 2003.

“Occidente”¹¹. Los valores de la tradición occidental (libertad individual, democracia, imperio de la ley) eran la aspiración de estos intelectuales y por eso Europa sólo podía ser la encarnación de tales valores. De este modo podemos muy bien comprender la perplejidad de los políticos polacos o húngaros al ver como el “Occidente” se peleaba y se dividía a causa de la intervención en Irak en el año 2003.

Ante esta identificación de “Europa” con el “Oeste” surgía la necesidad de dejar mentalmente a un lado a Rusia, cuya adscripción a Europa ha sido cuanto menos problemática. No se trata ahora aquí de recapacitar las decenas de argumentos a favor o en contra de la pertenencia de Rusia a Europa. Baste decir que, para buena parte de los intelectuales centroeuropeos de posguerra, “Rusia” simbolizaba el “Oriente”, un territorio ajeno y al que se le otorgaban connotaciones de barbarie y brutalidad, por su propia esencia “a-europea”.

Como contrapartida, y especialmente en los años ochenta, las jerarquías soviéticas y luego rusas propagaron una imagen del continente que tendía a evitar la exclusión de Rusia y a ofrecer un concepto integral y amplio de Europa que alcanzaba del Atlántico hasta los Urales –por lo menos–. La idea de Mijaíl Gorbachov de la “Casa Común Europea” suponía una nueva utopía europeísta opuesta a los sentimientos antirusos de los intelectuales de Europa Central ¹².

III. EL DESARROLLO DE LAS CONCEPCIONES DE EUROPA EN EL ESTE

No existen apenas análisis que investiguen la forma en que el Bloque del Este se conformó en un espacio cultural, moldeado por unas concretas experiencias y dotado de una cierta cohesión e integración. Tampoco existen trabajos de importancia acerca de la relación entre el proceso de unificación europea y la Europa Oriental. Quizá se deba esto a la propia organización de las ciencias historiográficas en Europa: quienes se han ocupado de la historia de la integración europea han solido ser historiadores generalistas que carecían de las competencias lingüísticas y de los conocimientos sobre los países del este necesarios para llevar a cabo esta tarea. Y, por otro lado, los historiadores especialistas en Europa Oriental tendían a concentrarse en el marco geográfico de su especialidad y no se ocupaban de un proceso que, después de 1945, parecía llevarse a cabo únicamente en el occidente europeo.

Dentro de los propios países del Este, la presión del academicismo marxista, la soviétización y la politización obligada de los contenidos llevó a que el concepto de “Europa” desapareciera como objeto de reflexión, quedando únicamente como una mera referencia geográfica. Sólo a partir de los años ochenta comenzaron a surgir determinadas publicaciones que se referían al tema. Se trataban, sin embargo –por un lado–, de obras que simplemente incluían un problema dentro del marco geográfico

¹¹ Milan KUNDERA: “Un Occident kidnappé ou la tragédie de l’Europe Centrale”, *Le Débat*, nº 27 (noviembre 1983). Con este ensayo Kundera desencadenó un debate internacional de importancia en torno al concepto de “Centroeuropa”.

¹² En torno a las connotaciones antiamericanas previas a Gorbachov del concepto de “Casa común europea”, véase Peter ROBEJSEK: “Europapolitische Vorstellungen und Konzepte in der DDR, in Polen, der CSSR und Ungarn”, *BIOS* nº 6 (1990), págs. 7 a 11.

européo y que solían ocuparse de períodos como la Edad Media o el Renacimiento ¹³, y –por otro lado–, eran libros que tenían un carácter legitimatorio, abstracto, de reivindicación de la europeidad de los países centroeuropeos. La mayoría de estas obras seguían las huellas dejadas por el pensamiento de exiliados como Oskar Halecki o Czeslaw Milosz ¹⁴. En ellos se afirmaba la identidad europea de Centroeuropa y se despreciaba o ignoraba Rusia, las intensas interrelaciones con los grandes espacios granrusos o pequeñorusos e incluso la orientación primordialmente europea y occidental de Rusia después de Pedro el Grande.

La Unión Soviética era, para estos autores, un producto “oriental”, “asiático”, que por utilizar la formulación de Milan Kundera, había “raptado” al “occidente” que representaban Polonia, Bohemia y Hungría ¹⁵. De este modo, se dejaba a un lado el hecho de que el proyecto comunista tuviera su indudable origen en Europa Occidental, algo de lo que eran también conscientes las propias elites soviéticas, para quienes el comunismo era, entre muchas cosas, un proyecto modernizador y, por ello, “occidentalista”. Podemos enlazar esto con las tesis del historiador americano Richard Pipes, quien por aquellas fechas (finales de los setenta, primeros ochenta), mantuvo una polémica con Solyenitsin y otros exilados rusos acerca del origen del comunismo. Para el americano, eran las condiciones rusas las que habían producido el despotismo comunista mientras que para Solyenitsin estaba claro que el marxismo y sus consecuencias provenían de “Europa”¹⁶.

De todo esto se desprende que un debate crítico de las concepciones de Europa en las sociedades de Europa Oriental después de 1945 se encuentra todavía en pañales. Sólo la relación entre Europa y Rusia parece haber sido mínimamente investigada aunque, de nuevo, nos encontramos sobre todo trabajos que se refieren al siglo XIX y principios del XX y que, muchas veces, reúnen características más bien filosóficas o esencialistas ¹⁷. Tampoco se pueden trasladar simplemente los análisis que se ocupan de los conceptos de “Occidente” en Europa Central y Oriental, al concepto de “Europa”. La estructura de este término es en realidad muy distinta, pese a que muchas veces los europeos orientales –como vimos en el caso de Kundera–, parecían percibir al Oeste como a un todo.

¹³ Como por ejemplo las obras de un Janusz Tazbir.

¹⁴ Por ejemplo, Oskar HALECKI: *Grenzraum des Abendlandes. Eine Geschichte Ostmitteleuropas*, Otto Mhuller, Salzburgo, 1956 y Czeslaw MILOSZ: *Un autre Europe*, Gallimard, París, 1964.

¹⁵ En el artículo ya citado “Un Occident kidnappé...”.

¹⁶ Para la polémica, por ejemplo, Richard PIPES: “Solzhenitsyn and Russian Intellectual tradition”, *Encounter* n° de junio de 1979, pág. 53 y ss., y Alexander SOLZHENITSIN: “Misconceptions about Russia are a Threat to America”, *Foreign Affairs* n° 58 (1980), págs. 797 a 834.

¹⁷ Como ejemplos de la inmensurable cantidad de trabajos: Dmitrij CHIZHEVSKII y Dieter GROH (eds.): *Europa und Rußland. Texte zum Problem des westeuropäischen und russischen Selbstverständnisses*, Wissenschaftliche Buchgesellschaft, Darmstadt, 1959; Vasilij V. ZENKOVSKI: *Russkie mysliteli i Evropa. Kritika evropejskoj kultury u russkich mysliteli*, YMCA Press, París, 1959 [1929] y, con referencias posteriores a 1945, Iver B. NEUMANN: *Russia and the Idea of Europe. Identity and International Relations*, Routledge, Londres, 1995.

IV. UN INTENTO DE PERIODIZACIÓN

Entre 1945 y 1991 hubo una evidente evolución y transformación de las sociedades del este de Europa. Aunque las características fundamentales de los sistemas de Socialismo de Estado se conformaron, para Europa central, entre 1944 y 1948, es cierto que otros aspectos del sistema evolucionaron con el tiempo. Esto nos permite establecer algún tipo de periodización que sirva como elemento de estructuración de los acontecimientos.

En realidad, más que de etapas concretas y sucesivas, tendríamos que hablar de puntos de cristalización, a partir de los cuales el discurso sobre “Europa” cambió de tono. Podemos señalar tres de esos puntos:

A) La ruptura de Europa

La división política de Europa y la ruptura del espacio de comunicación europeo a finales de los cuarenta y principios de los cincuenta constituyen el punto de partida de la nueva ordenación de Europa. El este europeo se organizó como un espacio propio a través del COMECON y del Pacto de Varsovia. Los nuevos gobernantes marcaron con fuerza las diferencias con respecto a la Europa capitalista y atacaron el proceso de integración europea tachándolo de reaccionario e imperialista.

Aunque sabemos que esto sucedió así, carecemos de información acerca de puntos tan importantes como hasta cuándo se discutió en la prensa de las “democracias populares” el proyecto de unificación europea, ni sabemos cuándo se hizo obligatoria la lectura que las instancias oficiales hacían de dicho proyecto. Tampoco sabemos si existía ya entonces una toma de postura de la oposición –ya fuera en la emigración, en el interior o por parte de miembros de la iglesia católica– acerca de la impuesta ruptura con el proceso de unidad europea. No existen trabajos que, de modo general, nos muestren la trayectoria de posguerra de los personajes que habían participado antes de 1939 en el movimiento por la unidad europea. Por otro lado, ¿cuáles eran las ideas en torno a Europa de los gobernantes comunistas? ¿Cómo reaccionaron éstos ante la retórica unitaria de Europa Occidental? ¿Intentó acaso la propaganda oficial fundamentar la existencia del Bloque del Este en algún hecho histórico o cultural (de modo análogo a la idea de la Europa Carolingia en el Oeste)?

B) La formación de la OCDE

El siguiente importante punto de cristalización fue el proceso que llevó a la constitución de la Organización para la Cooperación y el Desarrollo en Europa durante los años setenta. Aunque la división de Europa no cesó, en esta época se llevó a cabo una cautelosa aproximación entre ambas partes que tenía su origen en la creencia en la estabilidad del Bloque del Este. Dado que se planteaba que el comunismo en Europa Oriental no iba a ser un fenómeno pasajero, convenía llegar a una forma de coexistencia que alejara del continente el peligro de una guerra atómica. Por primera vez, también dentro del Bloque del Este se produjo un debate público acerca de Europa que fue impulsado por las instancias oficiales y que dotó al concepto de “Europa” de un contenido positivo.

Lo que no sabemos es cómo habían utilizado hasta aquel momento el concepto los gobernantes del Este. ¿Lo usaban simplemente como una adscripción geográfica? ¿O tenía un significado más cultural, político, histórico? ¿Hubo algún intento por parte del poder en los países socialistas de romper el monopolio del concepto de Europa que detentaban Europa Occidental?

Y en el caso de los disidentes y la oposición ¿existieron discursos europeístas? ¿cual fue su relación con los discursos nacionalistas que en esos años comenzaron a surgir? ¿hubo relación entre los conceptos de Europa desarrollados por la oposición en los distintos países?

C) La erosión del Bloque del Este

En los años ochenta, la crisis del sistema comunista empujó tanto a los sectores oficiales como a los círculos de oposición a un nuevo debate sobre Europa que respondía a las nuevas expectativas –y temores– despertados. “Europa” se convirtió, para los disidentes, en un arma que servía para atacar el monopolio ideológico comunista. “Europa”, identificada a menudo con “Occidente”, representaba todo lo positivo a lo que los disidentes aspiraban y que les era negado por el sistema imperante.

Dos debates de la época fueron los que cobraron la mayor importancia: la ya citada discusión del concepto de “*Mittleuropa*” (“Europa Central”) y la de “la Casa Común Europea”.

Iniciado por escritores en el exilio como Milan Kundera, la polémica en torno a “Europa Central”¹⁸ tenía como objetivo recuperar la identidad individual de los países satélites de la Unión Soviética. Esto se lograba a través de la negación de la europeidad de Rusia y de la afirmación de la suprarregionalidad centroeuropea. La polémica en torno a la “Casa Común Europea”¹⁹, concepto que por vez primera fue utilizado por el secretario del PCUS Leonidas Brezhnev y luego desarrollado por Mijail Gorbachov, se dirigía a todo lo contrario: la afirmación de la europeidad de Rusia.

Esta pugna entre la incorporación de Rusia y su negación (que tuvo como escenario a las opiniones públicas de cada país del Bloque del Este, incluyendo la propia Unión Soviética) jugó un papel importante en la preparación del “regreso” mental de las sociedades centroeuropeas a la idea de la unidad europea.

V. CONCLUSIÓN

Durante la segunda mitad del XX no sólo Occidente desarrolló imágenes de Europa que sirvieran de guía o de punto de referencia para la actividad política o cultural. Si bien de una forma bastante distinta y constreñidos por unos condicionantes muy diferentes, también los habitantes de los países bajo régimen comunista crearon su propia imagen del continente. Es verdad que sólo en concretos momentos y para concretas elites el vocablo “Europa” adoptó el sentido de “unificación” o “unión”

¹⁸ Véase Peter STIRK: “The Idea of *Mittleuropa*”, en Peter STIRK (ed.): *Mittleuropa. History and Prospects*, Edinburgh University Press, Edimburgo, 1994.

¹⁹ Vitally SHURKIN: *Grossbaustelle Europa. Mit Riesenschritten ins gesamteuropäische Haus*, Horizonte, Bad König, 1990.

europea. Por lo general, “Europa” no era más que otra palabra para definir el Occidente, temido y anhelado, y las libertades políticas y la prosperidad que esto conllevaba.

En el Socialismo de Estado, especialmente a partir de 1956, la importancia de lo nacional prevalecía sobre casi cualquier otra consideración ideológica. El internacionalismo demostrado en el apoyo a determinadas causas revolucionarias desaparecía al llegar a las fronteras del país. La defensa del Estado que los comunistas habían llegado a construir ocupaba el lugar central del edificio ideológico.

Y sin embargo, hubo momentos en que cierta retórica europeísta se abrió paso entre las monótonas líneas de los discursos del partido y muchos más en los que la fascinación de la oposición con Europa dejó el sedimento de programas, ensayos y no pocos sueños. Todo este acervo cultural también pertenece a la historia de la unificación europea y ha de ser analizado, valorado y, por supuesto, narrado.